

Despolarización y procesos de reparación social

Los desafíos de la convivencia en Venezuela

Mireya Lozada Santelis

ENERO 2016

- La sociedad venezolana contemporánea, de aparente y alabada convivencia, solidaridad y pacifismo enfrenta altos niveles de conflicto, fragmentación y violencia. Hay causas estructurales y coyunturales que contribuyeron a este proceso de polarización y fractura del tejido social que divide al país en nosotros y ellos, donde el adversario político es considerado enemigo. En este contexto, es pertinente cuestionarse si más allá de la conciliación de élites, existía concilio entre distintos sectores sociales en Venezuela y en torno a qué aspectos.
- La construcción de referencias simbólicas que puedan guiar la idea de consenso y unidad que apele al diálogo, debate, convivencia pacífica y democrática entre distintos sectores sociales y políticos, se constituye hoy en un gran reto, frente a la degradación ética y crisis socio-económica y política que enfrenta Venezuela.
- Se requiere emprender procesos de despolarización y de reparación social, que atiendan el impacto personal y colectivo del conflicto, violencia socio-política y polarización en el contexto de la Revolución Bolivariana, paralelamente a la lucha contra sus causas, bajo el respeto irrestricto a los derechos humanos.
- El mayor desafío ético-político que se plantea, consiste en construir en una sociedad rentista, profundamente fragmentada y anárquica, un imaginario democrático, pacífico, participativo e inclusivo, que favorezca los consensos, guíe la reconciliación nacional hacia un norte común compartido, desde el abordaje colectivo de las graves problemáticas nacionales.



Índice

■ 1. Introducción	5
■ 2. Conflictividad política y polarización social	5
■ 3. Polarización y su impacto psicosocial	6
■ 4. Despolarización y reconstrucción del tejido social	9
4.1. <i>Despolarización social</i>	10
4.2. <i>Procesos de reparación social</i>	11
■ 5. La agenda de paz	12
■ 6. Diálogo, paz y democracia: el desafío de la convivencia	13
Referencias bibliográficas	15



1. Introducción

En diciembre de 1998, al alcanzar la presidencia de la República, amplios sectores nacionales cifraron sus esperanzas en Hugo Chávez. La ilusión de cambio estaba centrada en la superación de la crisis socio-económica y política que atravesaba el país y el deterioro del sistema democrático venezolano.

Hoy, diecisiete años después de sucesivas reelecciones y de la muerte del Presidente Chávez, se ha agudizado dicha crisis y se mantiene la ilusión del cambio. Sin embargo, este cambio para un sector de la población sólo es posible si el chavismo deja la presidencia, para otro sector si continúa en ella y para un tercer sector ni lo uno, ni lo otro. Esta paradójica ilusión, da cuenta del impacto de los procesos de polarización social y conflictividad sociopolítica vividos en el marco de la Revolución Bolivariana.

La polarización a la par de convocar la adhesión, confianza e identificación con el propio grupo, llama a despreciar, desconfiar y odiar al grupo opuesto políticamente, considerado enemigo y no adversario, limitando el reconocimiento de las diferencias y manejo pacífico y constructivo de los conflictos.

Dicho proceso, caracterizado por un demarcamiento físico-simbólico de espacios y propuestas mutuamente excluyentes, provoca una fractura del tejido social y distintas expresiones de violencia política, generando un profundo impacto psicosocial, en espacios familiares, educativos, laborales, comunitarios, mediáticos, religiosos, militares, etc., donde se reproducen las mismas actitudes de exclusión y negación del Otro presente en la lucha política.

La polarización constituye un eficaz mecanismo de control socio-político, naturaliza la violencia, limita o impide la convivencia social, espacio sentido y compartido de vida social en democracia. Por ello, paralelamente a las urgentes y necesarias propuestas de solución a los graves problemas económicos, políticos y sociales que afronta Venezuela, se requiere emprender procesos de reconstrucción del tejido social tendientes a mitigar el daño causado por la polarización y la violencia socio-política,

con la concurrencia de distintos sectores nacionales. Ello exige como condición la despolarización social y la profundización democrática.

La democracia se establece como condición a los intentos de construcción de espacios de diálogo entre grupos antagónicos y aquellos amplios sectores de la población que no se reconocen en posturas extremas. Sólo en democracia, desde su crítica y profundización pueden favorecerse los procesos mediadores y consensos sociales que reconozcan las diferencias sociopolíticas y el abordaje de la compleja problemática confrontada.

Desde una perspectiva psicosocial, este trabajo intenta ofrecer algunas claves a objeto de favorecer estos procesos de despolarización, reconstrucción del tejido social y el desarrollo de programas de reparación social que ofrezcan apoyo a las víctimas y garantías de no repetición en la lucha por la justicia, contra la impunidad y la superación de las causas estructurales de los conflictos y violencia política.

2. Conflictividad política y polarización social

La proposición de transformar la desprestigiada democracia representativa en Venezuela, en una democracia participativa y protagónica, constituyó una de las principales promesas de Hugo Chávez al acceder a la Presidencia por vía electoral en diciembre de 1998, seis años después de protagonizar un golpe de Estado.

Desde entonces, los anhelos de justicia social, cambio y destrucción de lo instituido, van de la mano con la negación del Otro, en un contexto de aguda polarización social, donde los adversarios políticos se perciben mutuamente como enemigos, alineándose en categorías opuestas y excluyentes: “nosotros - ellos”; “chavismo - antichavismo”, “oficialismo-oposición”.

Más allá de los dilemas chavismo-antichavismo y del análisis de causas estructurales y vaivenes coyunturales que contribuyeron a agudizar la conflictividad y la polarización social en este período, lo cual excede los objetivos de este trabajo¹, interesa



destacar acá, algunos elementos del proceso de polarización social generado en la construcción de representaciones antagónicas de los grupos en conflicto, que han provocado una profunda fractura del tejido social, distintas expresiones de violencia política y un progresivo deterioro de espacios de convivencia democrática.

3. Polarización y su impacto psicosocial

La polarización social² (Martín-Baró, 1985, Lozada, 2004) está caracterizada por:

- *Estrechamiento del campo perceptivo*: el esquema dicotómico y estereotipado “nosotros-ellos” se impone a todos los ámbitos de la existencia y se sobrepone a cualquier otro esquema perceptivo, condicionando el significado de todos los hechos, acciones y objetos³.
- *Fuerte carga emocional*: siguiendo el esquema dicotómico y simplificado, se produce una aceptación o rechazo total sin matices, de la persona o grupo contrario.
- *Involucramiento personal*: cualquier suceso captado en términos polarizados parece afectar a la propia persona.
- *Exclusión e intolerancia*: los individuos, grupos e instituciones, situados o presionados socialmente a ubicarse en una de dos posiciones, sostienen las mismas actitudes de rigidez, intolerancia y exclusión presentes en la confrontación política, que niegan la discusión, el diálogo o debate de posiciones diversas.

Tanto la organización y estructuración dicotómica de la realidad social, como la asignación de estereotipos rivales que alimentan la polarización social se refleja en la naturaleza antagónica de las representaciones sociales que emergen en los dos grupos confrontados políticamente: “chavistas” y “antichavistas”, y la de un tercer grupo denominado “Ni-Nis” (ni con el gobierno, ni con la oposición).

La tabla N° 1, muestra los términos utilizados por cada grupo para descalificar al Otro, mientras la Tabla No. 2 refleja las referencias ideológicas y políticas atribuidas socialmente a cada grupo⁴.

En las representaciones de los grupos emerge una evocación lexical y temática que pareciera referir a

posturas ideológicas propias a cada grupo (liberalismo, capitalismo, socialismo, etc.). Sin embargo, ambos grupos están conformados por partidos, militantes y simpatizantes pertenecientes a un espectro ideológico que va de la extrema derecha a extrema izquierda. Esta complejidad se revela tanto en la diversidad de los modos de apropiación de las ideologías, como en las relaciones que los sujetos mantienen con los grupos de pertenencia, relaciones que no se reportan en todos los casos a la adhesión ideológica, pues las representaciones han sido estructuradas y organizadas en torno a la dimensión afectiva presente en el seguimiento u oposición a las propuestas gubernamentales del difunto presidente Hugo Chávez.

Aun cuando la representación de los grupos se corresponde de una parte con la fusión identitaria

1. Entre los factores estructurales y coyunturales que han agudizado la conflictividad socio-política y la polarización se refieren: profunda inequidad y exclusión social, agotamiento del modelo político de las llamadas “4ta y 5ta República” y sus formas clientelares, autoritarias y corruptas de ejercicio del poder, el fin del modelo rentista petrolero, el descrédito y deslegitimación institucional, así como la violencia y carácter excluyente del discurso presidencial durante el gobierno bolivariano y de actores políticos y sociales de los grupos en conflicto, en medios de comunicación públicos, privados, comunitarios y en redes sociales. Igualmente, se reconoce la confrontación de dos modelos de país, desarrollo, sociedad que defienden los sectores opuestos políticamente; así como las tensiones y confrontaciones generadas en el contexto del golpe de Estado: 2002; paro petrolero: diciembre 2002-enero 2003; referéndum revocatorio: 2004; reelección presidencial en 2006 y 2012; exhumación restos de Simón Bolívar: 2010; enfermedad y muerte del Presidente Hugo Chávez: 2011-2013; elección presidencial Nicolás Maduro, 2013; protestas sociales y violación DDHH (2014-2015).

2. Aun cuando aparecen estrechamente vinculadas, la polarización social, se distingue acá de la polarización política, la cual refiere a fuerzas que giran en torno a dos polos definidos en términos ideológicos en los sistemas de partidos, que se hacen visibles en coyunturas electorales y en debates de asuntos públicos (Sartori, 1985).

3. Obviamente, sería un error atribuir la división entre grupos rivales, como un fenómeno estrictamente perceptivo, sin contar la influencia que tiene en la construcción de dicha percepción, variables de orden ideológico, clases sociales e intereses de grupos u organizaciones económicas, políticas, militares, comunicacionales, entre otras.

4. Estos datos constituyen parte de los resultados obtenidos en las investigaciones realizadas en la Unidad de Psicología Política del Instituto de Psicología, de la Universidad Central de Venezuela (ver: Lozada, 2004, 2011, 2014).


Tabla 1
Términos utilizados por líderes y adeptos de cada grupo para calificar a oponentes

Términos utilizados por grupos "antichavistas" para calificar a "chavistas"	Términos utilizados por grupos chavistas para calificar a "anti-chavistas"	Términos utilizados por grupos "chavistas y antichavistas" para calificar a "Ni – Nis"
Boliburgueses	Afligidos	Abstencionistas
Chabestias	Azulitos, rosaditos	Acomodaticios
Chaburro	Conspiradores	Apáticos
Chusma	Cúpulas podridas	Apolíticos
Círculos infernales	Escorias burguesas	Chavistas arrepentidos
Enamorados del poseso	Escuacas	Chavistas de closet
Enchufados	Escuálidos	Cómodos
Fascistas	Fascistas	Cretinos
Golpistas	Golpistas	Desinteresados
Hordas	Ignorantes	Estúpidos
Loro rojito	Majunches	Falta de compromiso
Lumpen	Mercenarios	Falta de voluntad
Maldita plaga	Microcéfalos	Incapaces
Maburro	Nazis de pacotilla	Indiferentes
Maleantes	Opusgay	Insensibles
Mamarracho oficialista	Parásitos oligarcas	Inútiles
Mono tarifado	Pintianquis	Irresponsables
Piazo e' loco	Retrógrados	Pro-golpistas
Pichón de comunista	Sifrinos	Traidores
Rojos, rojitos	Talibanes	Vieja izquierda
Tarados comunistas	Vende patria	
Turbas	Zombies	

* Ejemplos de algunas de las muchas expresiones de descalificación utilizadas a lo largo del conflicto, especialmente en momentos de agudización de la polarización.

Tabla 2
Referencias ideológicas y políticas atribuidas a cada grupo

	"Chavistas/oficialistas"	"Anti-chavistas/opositores"
Sistema político	Revolución	Democracia
Modelo económico	Socialismo	Capitalismo
Clases sociales	Clase bajas	Clases medias y altas
Sujetos sociales	Pueblo	Sociedad civil
Ciudadanía	Revolucionaria	Democrática



lider-pueblo, que marcó la relación entre sectores populares y Chávez (Silva, 1999), y la identificación de los sectores medios y altos con la categoría: sociedad civil, que orientó las prácticas de actores sociales en contextos nacionales y transnacionales durante las últimas décadas (Mato, 2004), los resultados electorales dan cuenta de presencia de sectores pobres y de clase media en ambos grupos (López-Maya, 2011).

Esta co-presencia de posiciones ideológicas y socio-económicas en el interior de cada grupo, más que fragilizar, sirve a fortalecer la diferenciación intergrupal, en especial en coyunturas electorales cuando se agudiza la lucha entre mayorías y minorías. La heterogeneidad ideológica de cada sector, más que constituir un obstáculo a la cohesión minoritaria ha reforzado extremismos o radicalización de posturas.

En las representaciones de “chavistas” y “anti-chavistas”, “chavismo-oposición” se reconocen elementos comunes que acentúan la diferenciación y discriminación intergrupal en términos de:

- *Identidad*: intra y extra grupo, definidos por adhesión u oposición al difunto líder Hugo Chávez.
- *Percepción*: uso de estereotipos para calificar al grupo opuesto
- *Afectividad*: Emotividad exacerbada e intolerancia intra-grupo e inter-grupos.

Interacción intergrupal:

- Antagonismo inter-grupal basado en la polaridad: amigo-enemigo.
- Sobrevaloración del propio grupo como mayoría electoral y subestimación del grupo opuesto como minoría.
- Control de la disidencia intra-grupo
- Ausencia de significados compartidos
- Carencia de espacios de diálogo y debate
- Clima de sospecha y desconfianza
- Violencia inter-grupal directa o simbólica en medios de comunicación públicos, privados, comunitarios.

La polarización social, que parece erigirse y extenderse como mecanismo de poder y control socio-político a nivel mundial, que tiene expresiones diferenciales en distintas regiones o

sectores sociales y políticos en Venezuela, genera variadas consecuencias y un profundo impacto psicosocial a nivel individual y colectivo:

- Provoca un fuerte impacto en el psiquismo individual y subjetividad social, con elevados costos de sufrimiento personal y colectivo.
- Fractura el tejido social, al provocar separaciones, rupturas y confrontaciones en espacios de cohesión y convivencia social: familiares, laborales, comunitarios.
- Produce daños patrimoniales y urbanos
- Territorializa el conflicto. Segmenta y criminaliza estados, ciudades, pueblos, regiones del país identificados como “enclaves chavistas u opositores”.
- Reduce las actividades en espacios públicos, debido al clima de inseguridad y tensión imperante.
- Resquebraja los cimientos de la convivencia social e identidad social, al estimular social o institucionalmente la desconfianza y la negación del Otro.
- Obstaculiza el manejo democrático y pacífico de los conflictos.
- Incrementa, naturaliza y legitima la violencia política.
- Construye representaciones del conflicto y sus actores sobredimensionadas mediáticamente.
- Invisibiliza la histórica y compleja causalidad estructural de los conflictos socio-políticos (exclusión, pobreza, desempleo, corrupción, impunidad, agotamiento del modelo político tradicional, etc.).
- Privilegia la gestión del conflicto y su solución en los actores políticos en pugna, excluyendo al resto de los sectores sociales.
- Empobrece el debate público, privilegiando al emisor y su posición política, en detrimento de la discusión sobre contenidos.
- Politiza las instituciones y valoriza la fidelidad antes que la competencia, con grave incidencia en la acción pública y violación de derechos civiles y políticos.
- Atribuye significados de discurso y acción del Otro, desde representaciones estereotipadas de clase, sexo, raza, etnia, etc.
- Resignifica los imaginarios sociales “heróicos” de la política, reducida a triunfos o derrotas frente al “Otro enemigo”



- Provoca ruptura de consensos sociales, y de prácticas, normas y universos simbólicos compartidos.
- Prolonga y profundiza el conflicto sin ofrecer perspectivas de solución a corto o mediano plazo.

En este contexto, donde además impera la impunidad y la anomia social, la descomposición y deslegitimación institucional, se producen procesos de naturalización y legitimación de la violencia, la cual se transforma en vivencia cotidiana, crónica, permanente. Una práctica legitimada social e institucionalmente, que toma forma de desprecio por la vida humana, donde la intolerancia, confrontación o negación del Otro, sustituyen los valores de solidaridad, respeto, justicia, pasando la ley a manos de quien tiene más poder o más armas.

4. Despolarización y reconstrucción del tejido social

La convivencia democrática supone un juego de significaciones y la construcción de un orden simbólico que da sentido y dirección a la vida en común. Entonces, ¿Cómo reconocer y manejar la conflictividad pacífica y democráticamente? ¿Cómo hacerlo en escenarios tan poco favorables a la construcción de espacios de diálogo y debate propositivo entre actores políticos y sociales que atiendan los graves problemas que confronta el país? ¿Cuáles sentidos y significados compartidos pueden guiar la acción colectiva? ¿Cómo construir en una sociedad como la nuestra profundamente fragmentada y anárquica, un imaginario democrático, pacífico, participativo e inclusivo? ¿Qué consensos pueden guiar la reconciliación? ¿Qué aprendizajes se derivan personal y colectivamente de la vivencia del conflicto, de la violencia socio-política y polarización en Venezuela? ¿Cómo distinguir y atender su impacto individual y social? ¿Cuáles saberes nos ofrecen las experiencias de otros países, que han logrado, no sin dificultades, soluciones políticas a los conflictos, creando nuevos consensos sociales y adelantado procesos de reparación social, bajo el respeto irrestricto a los derechos humanos?

El intento de ofrecer respuestas a estas interrogantes, supone lidiar con los argumentos que

reivindican la violencia como “partera de la historia”, los que privilegian variables socio-económicas y políticas y desestiman el impacto psicológico de los conflictos a nivel individual y subjetividad social, o aquellos que consideran la reconciliación innecesaria, la polarización inevitable, inexistente o presente sólo en uno de los grupos en conflicto y desconfían de llamados al diálogo, consenso y paz. Igualmente la profundización del debate sobre polarización, requiere atender cuestiones referidas a:

- Causalidad estructural de los conflictos políticos y polarización social.
- Raíces socio-económicas de la discriminación y la hostilidad intergrupal, y su articulación con variables de orden psicológico que remiten a factores personales, grupales, colectivos.
- Diferencias en cuanto a las formas de expresión y responsabilidades institucionales y sociales de la polarización.
- Instrumentalización política de la fractura y odio social, de parte de representantes e instituciones públicas.
- Dificultades para avanzar procesos de mediación entre distintos sectores ideológicos y actores con visiones antagónicas del conflicto y su “resolución”.
- Manejo de los programas de memoria, verdad y justicia a objeto que los procesos de perdón, reconciliación, amnistía y reparación, no sean considerados expresión de olvido e impunidad frente a las violaciones de derechos humanos, ni traición o infidelidad personal con las víctimas.

En situaciones de polarización y violencia socio-política destacan algunas condiciones básicas para la reconstrucción del tejido social: la despolarización, la reparación social del daño, la lucha por la verdad, la justicia y la construcción de una cultura de paz, que permita tanto afrontar las consecuencias como luchar contra las causas. El reconocimiento público de los hechos, la sanción a los responsables, la conmemoración y tributo a las víctimas, el manejo del duelo individual y social, contribuirá a la dignificación, en el tránsito hacia una nueva conciencia, identidad y memoria colectiva.



4.1. Despolarización social

La polarización social ha jugado un papel importante en el mantenimiento y profundización del actual conflicto político, o en su evolución hacia posturas extremas y rígidas que dificultan su resolución. La búsqueda de una solución política requiere, entre otras cosas, la despolarización social.

Como apunta Martín-Baró (1986: 58-64), la polarización no es proceso consistente y unidireccional. Sus contradicciones y agotamiento se expresan a través de:

- La fatiga de posiciones polarizadas producida por un prolongado conflicto sin « triunfadores».
- El quiebre de la polarización por choque de esquemas rígidos con la realidad.
- El sufrimiento personal y colectivo que refleja el elevado costo del conflicto.

Para contribuir a la despolarización se necesita: a) romper las imágenes en espejo, b) evaluar los elevados costos personales y colectivos del conflicto, c) adelantar un proceso de concientización y desideologización que conlleve a una aceptación crítica de los propios errores y una imagen más realista del grupo opuesto.

Ruptura de la imagen en espejo: el resquebrajamiento de la imagen en espejo (mutua percepción peyorativa entre los “enemigos”), incluye la conciencia de las deficiencias de la postura polarizada. Reconocer matices sobre la propia imagen y la diferenciación entre posturas extremas, rígidas y flexibles en el propio grupo, provoca la percepción de matices y modificación parcial de la imagen del “enemigo”. Las diferencias observadas en el extremismo de posturas de unos y otros ofrece la posibilidad de constatar que “ni todos nosotros somos así, ni “ni todos ellos son de la manera opuesta”.

Evaluación de los elevados costos del conflicto: El sufrimiento personal y colectivo ofrece una nueva mirada a la realidad de los hechos: se empieza a ver el conflicto desde la perspectiva de sus costos más significativos, lo que lleva a sopesar de nuevo la propia postura política y su viabilidad práctica. En este proceso influyen tanto factores

de la propia persona, como del grupo referidos a: claridad ideológica, grado de implicación o compromiso⁵ y alternativas que se tienen, por ejemplo:

- Intereses en juego desde la realidad de los grupos sociales y su equilibrio de fuerzas.
- Expectativas de éxito o fracaso de personas y grupos sobre el futuro de su opción política.
- Unidad ideológica del grupo. Capacidad de revisión de su propia postura y de las mediaciones utilizadas para lograr los fines propuestos.
- Carácter elemental o elaborado, rígido o flexible de la comprensión de los acontecimientos y su significado e impacto social.
- Expresiones de radicalización personales y grupales a causa del dolor sufrido: *enfurecimiento extremista o deserción derrotista.*

Concientización y desideologización: No se trata, que los grupos y personas abandonen su postura. Se trata de desideologizar el análisis de la realidad, de no reducir todos los hechos y comportamientos al esquema dicotómico: nosotros-ellos, sino de encontrar puntos de coincidencia, mínimos acuerdos entre ambos, que favorezcan el diálogo y la negociación, antes que la destrucción mutua. Diálogo que comienza con uno mismo, desde el cuestionamiento de la propia postura, y luego con el propio grupo, a fin de que la nueva conciencia no sea interpretada como una deserción o traición.

- A objeto que se faciliten estos procesos y se generen claves para la interacción entre los grupos confrontados que pueden contribuir a la despolarización, algunas recomendaciones pueden ser útiles.
- La participación de diferentes grupos, sin exclusiones, en las actividades de encuentro o colaboración, buscando la afirmación personal y colectiva.

5. Martín-Baró (1986:60) habla de involucramiento conflictivo. “Cuanto más involucrada se encuentre una persona en el conflicto, más difícil le resulta dar marcha atrás ante los golpes y derrotas; pero por otro lado, el hecho mismo de tener más intereses en juego, le hace ponderar los costos potenciales de su postura”.



- La búsqueda de espacios y objetivos comunes, la ruptura de barreras físicas o psicológicas de forma recíproca, mediante un proceso que favorezca el restablecimiento de la confianza.
- La relación entre grupos que tengan elementos de auto-identificación mutua, y que puedan contribuir a superar los estereotipos sobre el otro grupo (por ejemplo, jóvenes, mujeres, etc).
- Reivindicar la convivencia fundada en la complementariedad mutua para resolver los problemas y no en la violencia que impone la propia postura.
- Evitar movimientos de venganza que impidan gestiones conciliadoras.
- Partir de un programa mínimo realizable y no de la máxima exigencia.
- Especificar demandas y evitar una escalada de ellas.
- Respetar reglas de decisión consensuadas
- Cambiar la imagen del juego suma cero al acuerdo posible: todos ganan cuando se coopera.
- Cambiar la idea a transmitir: no es eliminar el conflicto, sino asumir una visión más realista y constructiva del mismo.
- La búsqueda de soluciones desde posiciones menos mediatizadas y polarizadas.
- Legitimar voces que tengan credibilidad y reconocimiento en los dos polos.
- Promover y difundir experiencias positivas de reencuentro, diálogo o debate entre sectores opuestos políticamente.
- Construir nuevas metáforas y discurso mediáticos (reales y virtuales, públicos, privados y comunitarios) no polarizados.

El papel de los medios de comunicaciones es vital en este proceso. Dado el importante rol que juegan en la construcción de la conciencia social, pero también como espacios de confrontación política e ideológica, se requiere de ellos una visión auto-crítica que reconozca el rol jugado a lo largo del conflicto, la polarización social y su sobre-representación mediática. En tal sentido, urge favorecer la reconstrucción de una estructura comunicacional, que al margen del control y hegemonía pública o privada evite:

- La afirmación de visiones únicas, que avalan la propia postura.

- El uso de estereotipos para caracterizar los grupos en conflicto.
- La personalización y la puesta en escena de episodios extremos.
- La presentación de adjetivaciones polarizadas al ofrecer información sobre los acontecimientos.
- Discursos que nieguen la posibilidad de salidas alternativas al conflicto.
- Las transmisiones o reproducción de discursos que exaltan la derrota o triunfo moral, electoral o político de un grupo, o la de “vencedores y vencidos”.
- La difusión de mensajes que contribuyen a exaltar el miedo, odio, rabia y violencia.
- La retórica de la impotencia y victimismo que alimenta reacciones de venganza
- La utilización con fines comerciales o políticos del sufrimiento de la población, de las víctimas y sus familiares.

4.2. Procesos de reparación social

A juicio de Martín Beristain (2011, 80) al iniciar un proceso de reconstrucción social que trata de brindar atención a las necesidades de las víctimas de la violencia sociopolítica, se parte de una convicción: “nada puede remplazar a los familiares muertos o reparar el dolor de las víctimas. En esencia, quienes trabajamos con sobrevivientes de la violencia política sabemos que nos enfrentamos con un problema intratable. Pero una sociedad fracturada por un conflicto violento debe enfrentar las consecuencias de esa violencia, apoyar a las víctimas o sobrevivientes, y reconstruir las relaciones sociales”.

La reparación social, proceso simultáneamente sociopolítico y psicosocial, persigue atender el impacto de la violencia y luchar contra sus causas, incentivando o acompañando iniciativas sobre memoria, justicia y reconstrucción del tejido social fracturado por el conflicto.

“En el campo de la defensa de los derechos humanos se habla de la “reparación” a las víctimas como una forma de mitigar su sufrimiento y reconocer sus derechos. Por reparación se entienden diferentes medidas con distintas orientaciones: compensaciones económicas y educativas, programas de atención médica o psicológica, conmemoraciones



y medidas simbólicas, o garantías de no repetición, entre otras⁶ (Martín Beristain, 2011: 92).

Estos procesos a la par de atender el sufrimiento individual, también enfatizan el carácter colectivo de la herida causada por la vivencia prolongada de la violencia socio-política y formula un llamado a trascender la visión patológica individual, al considerar a los afectados como “víctimas” de trastornos psicológicos o físicos, la cual desconoce las realidades históricas, culturales y políticas que supone la experiencia colectiva de la polarización y la violencia. Así, por *trauma psicosocial*, Martín-Baró (1988) refiere una herida que afecta a las personas pero que ha sido producida socialmente, es decir, sus raíces no se encuentran en el individuo sino en la sociedad, y su misma naturaleza se alimenta y mantiene en la relación entre el individuo y la sociedad, a través de diversas mediaciones institucionales, grupales e incluso individuales.

Samayoa (1987) describe cuatro cambios cognoscitivos y comportamentales ocasionados por este proceso de deshumanización generado por la vivencia colectiva y prolongada de la violencia política: el empobrecimiento de su capacidad de pensar lucidamente, de comunicarse con veracidad, de su sensibilidad frente al sufrimiento ajeno y a la esperanza. Igualmente Lira, Weinstein y Salamovich (1985-1986) describen las características psicológicas de los procesos desencadenados por el miedo durante la dictadura chilena: sensación de vulnerabilidad, estado exacerbado de alerta, sentimiento de impotencia o pérdida de control sobre la propia vida y alteración del sentido de realidad, al volverse imposible validar objetivamente las propias experiencias y conocimientos, entre otras razones debido a la mentira institucionalizada y mecanismos de coerción y represión ejercidos desde los aparatos del Estado.

5. La agenda de paz

La dinámica de la polarización impone fuertes desafíos a la construcción de la paz y el manejo constructivo y pacífico de conflictos. Uno de los riesgos de convertir la resolución de conflictos en patrimonio reservado a los actores políticos es la rentabilidad política de la manipulación del

conflicto. Ningún sector está dispuesto a ceder, propiciar el diálogo, convocar a la participación de los ciudadanos en las mesas de negociación o a respetar los acuerdos firmados en dichos espacios.

Entre las iniciativas de mediación, mesas de diálogo y comisiones de la verdad surgidas a lo largo del conflicto en Venezuela, quizás la de mayor repercusión e impacto, ha sido la Mesa de Negociación y Acuerdos⁷, instalada durante el período noviembre 2002 -mayo 2003, que contó con la representación del gobierno, oposición y de sectores políticos y sociales de apoyo.

Aunque este esfuerzo contribuyó a detener la escalada de violencia durante el período 2002-2004, la mayoría de los acuerdos firmados en Caracas el 29 de mayo de 2003 y en la Declaración contra la Violencia por la Paz y la Democracia, no han sido respetados. Al contrario, no se abrieron o desarrollaron canales de comunicación, ni acciones dirigidas al cumplimiento efectivo de los contenidos de dicha Declaración y acuerdos, sino que se produjo un incremento de la violencia social y política y el creciente y extendido irrespeto a la Constitución Bolivariana de Venezuela y leyes de la República.

Por su parte, las distintas comisiones por la justicia y la verdad, auspiciadas en el marco de la conflictividad socio-política por el gobierno nacional, no han tenido continuidad, han carecido de presencia plural e idónea de sectores políticos y sociales, o han puesto el énfasis en las violaciones de derechos humanos, especialmente contra líderes políticos de la izquierda, cometidas en Venezuela, durante el período del llamado “puntofijismo” durante los años 60-90⁸. Si bien estas iniciativas abordan

6. La Asamblea General de las Naciones Unidas, mediante la resolución A/RES/60/147 del 24 de octubre de 2005, aprobó los “Principios y directrices básicos sobre el derecho de las víctimas de violaciones de las normas internacionales de derechos humanos y del derecho internacional humanitario a interponer recursos y obtener reparaciones” contenidos en el documento (E/CN.4/2005/59).

7. Ver términos del Acuerdo en: <http://www.oas.org/OASpage/eng/Venezuela/Acuerto052303.htm>.

8. Esta visión maniquea, también se expresa al diferenciar la represión política de los años 60, con la negación y persecución del adversario político y social durante el gobierno bolivariano.



necesarios procesos de justicia y reparación, crea “memorias diferenciales” si niega o esconde torturas, tratos crueles, inhumanos y degradantes, detenciones arbitrarias y la agresión contra líderes y manifestantes durante el período de la Revolución Bolivariana por parte de organismos de seguridad, militares y policiales.

Asimismo, a lo largo del conflicto, algunos sectores nacionales han intercambiado impresiones con personas que estuvieron implicadas directamente (miembros de grupos en conflictos), o especialistas y consejeros que han participado en comisiones de diálogo o resolución de conflictos en distintos países (p.e: Colombia, El Salvador).

Si bien se pueden extraer importantes lecciones de los conflictos y las soluciones alcanzadas en dichos países, también se pueden reconocer algunas limitaciones en las agendas de paz adelantadas. Efectivamente, ellas han conducido a un fin efectivo de la guerra y las confrontaciones políticas, pero no siempre han contribuido a la construcción de un sistema democrático económica y socialmente más equitativo, ni más participativo, que está en el origen de otras formas de violencia social y exclusión que comprometen el proceso de paz.

Después de varios años de alcanzada la paz, el nuevo ordenamiento político surgido de los acuerdos en algunos países que sufrieron profundos y prolongados conflictos socio-políticos, (Nicaragua, El Salvador, Guatemala, p.e) enfrentan aún serias dificultades para dar respuesta a las necesidades fundamentales de la población y de generar alternativas a la exclusión económica y social, a la corrupción y violencia generalizada, a la necesidad de depuración y autonomía del sistema judicial, a la despolarización de las fuerzas armadas y a la reunificación de la población.

La falta de mecanismos de participación de los distintos sectores sociales en los procesos de resolución de conflictos conlleva el establecimiento de agendas políticas que ignoran las demandas reales de la población, o los problemas socio-económicos estructurales.

Son muchos los aprendizajes derivados de la solución ofrecida a los conflictos políticos en otros

países, que permiten defender la tesis que debe ser la propia sociedad en conflicto la que articule y debata las vías por las que deben enfrentarse los problemas y que todos aquellos procesos gestados de espaldas a la población, tarde o temprano generan graves costos sociales. Es necesario apoyar todas aquellas estrategias que entiendan a la sociedad como sujeto fundamental de los cambios. Los actores políticos deberían ser agentes capaces de plasmar en acuerdos esas iniciativas surgidas de la sociedad en conflicto.

Además de los puntos sobre los que habitualmente se pone el acento en las agendas de diálogo, es urgente incluir las prioridades que supone la reconstrucción de una sociedad democrática que garantice bienestar económico y social a todos los sectores sociales, el respeto irrestricto de los derechos humanos y garantice una amplia participación política y ciudadana.

Solo un orden político, económico y jurídico más equitativo y democrático puede garantizar una paz duradera y una disminución de la violencia política y social. Solo un régimen democrático sustentado en valores de diálogo, inclusión y justicia, capaz de construir ciudadanía y una cultura de paz, podrá enfrentar el descrédito de los partidos políticos, la pérdida de credibilidad de las instituciones, el deterioro del sistema socio-político y económico, la militarización de la sociedad, la personalización del poder, los altos niveles de desempleo, violencia, corrupción e impunidad que caracteriza el actual panorama socio-político y económico venezolano.

6. Diálogo, paz y democracia: el desafío de la convivencia

Como vemos, nos queda un largo camino a recorrer antes que sea posible una verdadera comunicación entre los sectores confrontados, donde cada propuesta o cada acto no esté condenado de antemano a alterar todavía más los ánimos, profundizar rencillas de lado y lado, negar o posponer la búsqueda de alternativas pacíficas y democráticas a los conflictos.

La construcción de consensos que permitan la convivencia de los distintos sectores, preservando



y garantizando la diversidad política, sus espacios de acción y discurso, requiere la participación e inclusión de TODA la población venezolana. Dichos consensos giran en torno a sus apuestas comunes: la lucha contra la pobreza, impunidad, violencia e inseguridad en todas sus formas, desde la defensa de los derechos humanos (salud, vivienda, educación, trabajo, identidad, participación, etc). Se trata también de reconocer la historicidad de los procesos políticos, sus transiciones y sus crisis, y con ella nuestra *ilusión de armonía* (Naím y Piñango, 1995), el “quiebre de la vitrina” que se produce con el *Caracazo*, entre otros eventos, que develan desde finales de la década de los ochenta hasta la Revolución Bolivariana, la crisis del sistema democrático y del modelo de Estado rentista.

Reconocerlo exige el análisis de la conformación del petro-Estado, los tránsitos y rupturas de los pactos políticos producto de la *conciliación de élites* (Rey, 1991), las recurrentes crisis del modelo económico, las diversas demandas, luchas y protestas populares y la fragmentación político-social que provocan la ruptura del imaginario social-demócrata y de la Venezuela saudita, que dan cuenta de procesos de profundo impacto social, político, económico y cultural, así como de una conflictividad subestimada, negada o invisibilizada por buena parte de la clase política venezolana en distintos momentos históricos.

Reconocerlo significa asumir individual y socialmente nuestro mayor desafío ético-político: construir la convivencia y profundizar la democracia, desde la reconstrucción crítica de nuestra memoria histórica, la sistematización de los saberes sociales y la multiplicidad de experiencias vividas en este tiempo.

Si bien, la sociedad venezolana espera y exige urgentemente a los sectores políticos implicados en el conflicto una salida democrática a la crisis, ella no conducirá a una paz duradera si no incorpora a su agenda la voz plural de distintos sectores nacionales (políticos, sociales, culturales, económicos, religiosos, mediáticos, etc.), y si no se ofrecen respuestas efectivas a los graves problemas que confronta el país, guiadas por los principios de inclusión y justicia que permitan recuperar la confianza en las instituciones democráticas y

ahuyentar las amenazas del militarismo, autoritarismo y la ciega devoción al líder, sea este militar o civil.

El análisis de los obstáculos objetivos y subjetivos a la profundización democrática en Venezuela, en la región y el impulso a la reconstrucción de la memoria histórica de identidades negadas, invisibilizadas o marginadas durante las llamadas cuarta y quinta República en el país, supone también la crítica a la reproducción de modelos opresores, que excluyen y niegan al Otro y reproducen esquemas excluyentes, racistas, clasistas, sexistas, machistas presentes en los proyectos sociales “alternativos”. Supone evaluar las consecuencias de la subordinación de los distintos sectores sociales a estrategias partidistas, políticas, cívico-militares (armadas o no): a los conflictos de poder; corrupción, utilización instrumental y populista, con el consecuente descenso de la participación política y fragmentación interna.

Impulsar y acompañar desde diversos ámbitos y disciplinas, y en especial desde la educación formal e informal, los procesos de promoción y defensa de los derechos políticos, sociales, económicos y civiles de distintos sectores de la población, sin mitificar las mayorías populares, ni descalificar o excluir otros sectores sociales, exige igualmente, resignificar los valores de dignidad, trabajo, participación, honestidad, solidaridad que favorecen la cohesión y la reconstrucción del tejido social, paralelamente a la deconstrucción de aquellos asociados a la viveza, corrupción, mendicidad presentes en toda suerte de reclamos y prebendas frente al rentismo del Estado Mágico (2002).

El rescate o resignificación de dichos valores constituyen la *condición ética del cambio* (Esté, 2011) que otorga cohesión y fuerza colectiva para superar las resistencias y dificultades para desmontar prácticas autoritarias y hacer seguimiento a los procesos de conciliación, diálogo y negociación, que favorezcan procesos psicosociales de construcción de alteridad, donde la emergencia de nuevos sujetos sociales, vaya unida a representaciones inclusivas y no antagónicas del Otro, que reconozcan la diversidad como condición en la construcción de la convivencia democrática.



Los procesos de reconstrucción de la memoria colectiva del conflicto, con seguridad nos ofrecerán miradas más amplias y comprensivas de distintos grupos y sectores políticos, al margen del esquema maniqueo de la polarización, con conciencia que lo que está en juego no es el triunfo de una u otra opción sino la democracia, la justicia y la paz en Venezuela.

Una mirada auto-crítica nos permitirá a su vez, reconocer nuestros errores, excesos u omisiones, hechos y responsabilidades individuales y colectivas, ofreciendo también la oportunidad de reivindicar

aprendizajes, logros, sufrimientos y alegrías, otorgando un sentido a la experiencia de vida en su lucha por la dignidad.

En fin, todos siendo uno, construyendo las condiciones que permitan re-significar el imaginario democrático como proyecto participativo e inclusivo, sentido y compartido por distintos sectores sociales y políticos en Venezuela, conviviendo en paz, en democracia, mientras celebramos la vida, desde nuestra diversidad de voces, rostros y sueños. Es esa la ilusión y esperanza que me animan.

Referencias bibliográficas

- Coronil, A. (2002). *El estado mágico: Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: CDCH/Nueva Sociedad.
- Esté, A. (2011) La condición ética del cambio. VII Jornadas de Investigación Humanística y Educativa, San Cristóbal, Venezuela.
- Lira, E., Weinstein, E. y Salamovich, S. (1985-1986) El miedo; un enfoque psicosocial. *Revista Chilena de Psicología*, VIII, 51-56.
- López Maya, M. (2011) *Apuntes sobre la polarización política en Venezuela y los países andinos*. En: Lozada, M (Comp) *Polarización social y política en Venezuela y otros países. Experiencias y desafíos. Temas de Formación Sociopolítica*, No. 49, 9-22. Caracas, UCAB/Gumilla.
- Lozada, M. (2014) *Us or them? Social representations and imaginaries of the other in Venezuela* http://psych1.lse.ac.uk/psr/PSR2014/2014_1_20.pdf
- Lozada, M (2011) *¿Nosotros o ellos? Polarización social y el desafío de la convivencia en Venezuela*. En: Lozada, M (Comp) *Polarización social y política en Venezuela y otros países. Experiencias y desafíos. Temas de Formación Sociopolítica*, No. 49, Caracas, UCAB/Gumilla.
- Lozada, M. (2004). *El otro es el enemigo: imaginarios sociales y polarización*. *Revista venezolana de economía y ciencias sociales*, 10 (2), 195-211.
- Martín Beristain, C. (2011) *Violencia, polarización o ¿(re)conciliación?, El caso vasco*. En: Lozada (Comp) (2011) *Polarización social y política en Venezuela y otros países. Experiencias y desafíos. Temas de Formación Sociopolítica*, No. 49, 79-103, Caracas, UCAB/Gumilla.
- Martín-Baró, I (1986) conflicto y polarización social. XX Congreso Interamericano de Psicología. Caracas.
- Martin-Baró, I. (1988) *La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador*. *Revista de Psicología de El Salvador*, 28, abril-junio, 123-141.
- Mato, D (2004) *Actores globales, redes transnacionales y actores locales en la producción de ideas de sociedad civil*. En: Mato, D. (coord) *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.
- Naím, M. y Piñango, R. (1995 6ta edición). *El caso Venezuela: una ilusión de armonía*. Caracas: Ediciones IESA.
- Rey, J. (1991) *La democracia venezolana y la crisis del sistema populista de conciliación*. *Revista de Estudios Políticos*. Nueva Época, 74.
- Samayoa, J. (1987) *Guerra y deshumanización: una perspectiva psicosocial*. ECA, 461, 213-225.
- Silva, C (1999) *El populismo poblado: psicopolítica del hartazgo y el voto real*. *Revista Apeps*, XXII, 1, 109-118.



Acerca del autores

Mireya Lozada

Psicóloga Social de la Universidad Central de Venezuela, Doctora en Psicología de la Université de Toulouse, Francia. Es además Magister en Psicología Social, y ha sido coordinadora Maestría en Psicología Social y Diploma de participación social y construcción de ciudadanía (UCV, 2000-2015). Desde el año 1989 desarrolla proyectos de investigación en el eje temático: Democracia, espacio público y vida cotidiana. Ha participado en el Grupo de Trabajo Cultura y Transformaciones Sociales en Tiempos de Globalización de CLACSO, y del grupo de investigación transdisciplinaria: “Imaginario Latinoamericanos”, el cual agrupa investigadores europeos y latinoamericanos.

Responsable

Hildebrand Breuer / hildebrand.breuer@ildis.org.ve
www.ildis.org.ve

Friedrich Ebert Stiftung (FES)

La Fundación Friedrich Ebert (FES), fundada en 1925 en Alemania, es una institución privada de utilidad pública comprometida con las ideas de la Democracia Social. Lleva el nombre del primer presidente de la República de Weimar elegido democráticamente, Friedrich Ebert, y es portadora de su legado en cuanto a la configuración política de la libertad, la solidaridad y la justicia social. A este mandato corresponde la Fundación en el interior y exterior de Alemania con sus programas de formación política, de cooperación internacional y de promoción de estudios e investigación.

El uso comercial de todos los materiales editados y publicados por la Fundación Friedrich Ebert (FES) está prohibido sin previa autorización escrita de la FES.

Las opiniones expresadas en esta publicación no representan necesariamente los puntos de vista de la Fundación Friedrich Ebert.

ISBN 978-980-6077-59-1